

n°21

Ctvs.



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

mamita

M. R.

P
Panchito
en busca
de
A
Aventuras

mamita
M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

AÑO I. N.º21.—Santiago de Chile, 6 de noviembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

Concurso de Mapas Mudos

HE AQUI LA LISTA DE LOS PREMIADOS:

TACNA

Primer Premio: Fresia Muñoz Gálvez, Rancagua 143, Santiago.

Segundo Premio: Nelly Ampuero Díaz, Castro (Chiloe).

Tercer Premio: Sergio Urrutia C., Carmen 839, Santiago.

MENCIONES HONROSAS

Tadeo Ramírez, San Fernando, calle Rancagua 267.

Guillermo Mery A., Fariña 664, Santiago.

Elena Buzeta Alamos, Cerro Litre, Lafontaine 369, Valparaíso.

Elina Hitschfeld B., Santa Isabel 469, Santiago.

Adriana Guzmán V., Cajilla 709, Valparaíso.

Teresa Guerra Toro, República 289, Santiago.

David Correa, Valparaíso.

Amory Lorenzen, Casilla 1912, Santiago.

Raúl Simon, Miraflores 590, Santiago.

Eduardo Preller Werner, García Hurtado 877, Osorno.

Emma Salas Neumann, Grajales 2458, Santiago.

TARAPACA

Menciones Honrosas

Tita Díaz, Coquimbo, Bilbao 481.

Teodoro Ramírez, San Fernando, calle Rancagua 267.

Rogelio Uribe R., Yungay, Ñuble.

Elena Buzeta A., Cerro Litre, Lafontaine 369, Valparaíso.

Hernán Fernández, Toro Mazote, Santiago.

Elida Ramírez Larrain, San Francisco 792, Santiago.

Enrique Soto Bascuñán, Gorbea 2925, Santiago.



Panchito en busca de Aventuras



VIVIA en una casita, a la entrada de un bosque, una pobre viuda, en compañía de su único hijo, Panchito.

Era tan grande su pobreza, que más de una noche se acostaron sin comer y un día llegó a tal punto su mala situación que la madre determinó vender su vaca, que era lo único que le quedaba.

Salió Panchito, a la mañana siguiente, pensando en hacer el mejor negocio posible al venderla.

En el camino encontró a un hombre que llevaba un saquito lleno de frejoles azules en la mano.

Panchito se quedó encantado con los frejoles y se los pidió al caminante.

—De ninguna manera—replicó éste—; son frejoles mágicos. Si los quieres, dame por ellos tu vaca.

Accedió el muchacho y el hombre, satisfecho del cambio, se alejó con ella, mientras Panchito corría a casa para mostrar a su madre los frejoles mágicos.

Cuando la pobre mujer oyó lo que le contaba su hijo, se indignó por la tontería de Panchito y, cogiendo los frejoles los arrojó por la ventana.

El muchacho se acostó aquella noche muy enojado, pero, al levantarse al otro día, recibió una enorme sorpresa; le pareció ver un árbol gigantesco; mas, al acercarse a él, vió que no era tal, sino que los frejoles maravillosos habían crecido prodigiosamente, entrelazándose de tal

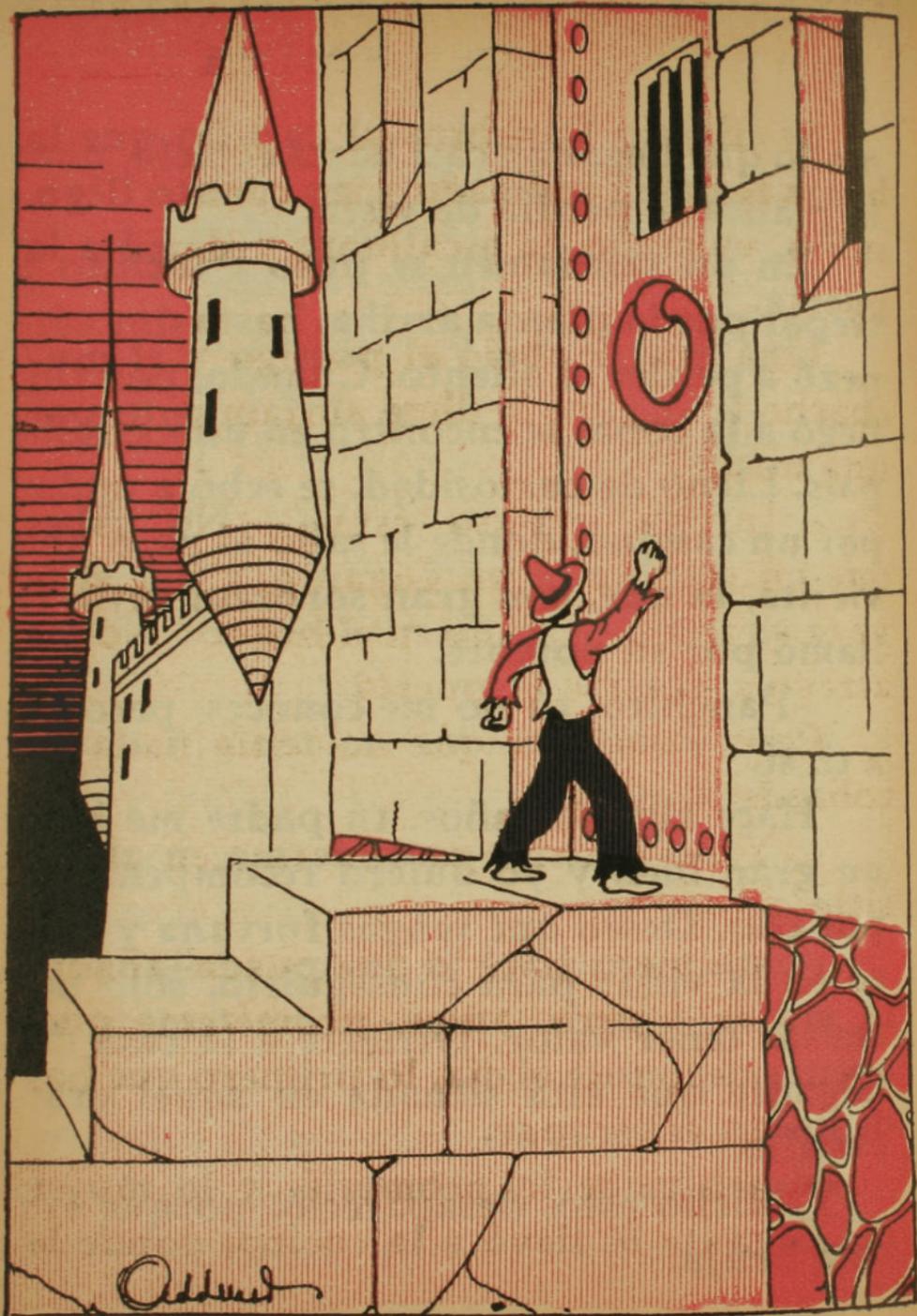
modo que llegaban casi hasta el cielo, pues la planta se perdía de vista.

En un santiamén se puso Panchito a trepar por la planta arriba, hasta que empezó a perder el aliento. Cuando, por fin, llegó a la copa, se encontró en un extraño país. Lleno de curiosidad, se echó a andar por un camino, donde le salió al paso una viejita, la que, con gran sorpresa suya, le llamó por su nombre.

—Panchito, tú no me conoces, però yo a ti, sí.

Hace algunos años, tu padre me hizo un gran bien y yo quiero recompensarte por ello. Deseo que tengas fortuna y éxito en la vida; para conseguirlo, sólo necesitas tener valor. Dirígete a la casa del Gigante que está situada en aquel gran castillo.

Y, dicho esto, desapareció, porque era una bruja.



Subió, valeroso, la escalinata y llamó a la puerta...

Se dirigió Panchito al castillo que la bruja le había indicado y, en cuanto llegó, subió, valeroso, la escalinata y llamó a la puerta.

Una mujer abrió el postigo y el muchacho le suplicó le diese alojamiento por una noche.

—¡Infeliz!—repuso ésta—. ¿No sabes que mi marido es un Gigante, y que si te ve te va a comer asado en el horno? No me atrevo a abrirte la puerta.

Pero Panchito, que no tenía nada de cobarde, le dijo:

—¿Y no podrías esconderme en algún sitio?

—Está bien; haré lo que pueda—añadió la mujer—; pero, antes, prométeme que, apenas despunte el día, lo primero que has de hacer, es escapar.

Panchito se lo prometió, y la mujer del Gigante lo llevó a la cocina, donde le

sirvió una buena comida. No había aún terminado el muchacho de comer, cuando se oyó un tremendo aldabonazo en la puerta del castillo.

—Apúrate—dijo la mujer a su convidado—; salta al horno y no hagas ruido hasta que mi marido se haya ido a la cama.

Se escondió Panchito en el horno y en el mismo momento entró el monstruo en la cocina.

—¡Aquí huele a carne fresca!—exclamó con voz terrible, que hizo temblar al pobre muchacho dentro del horno.

—¡Qué tonterías se te ocurren!—le respondió su mujer—. Siéntate a comer, mira qué ricas cosas te he preparado.

Era, en efecto, la comida tan apetitosa, que el Gigante no tardó en sentarse a la mesa, gozando con los sabrosos manjares, y, cuando hubo terminado, mandó a

su mujer le trajese su gallina favorita.

Salió ella trayendo al poco rato una gallina blanca dentro de una gran jaula y la colocó sobre la mesa.

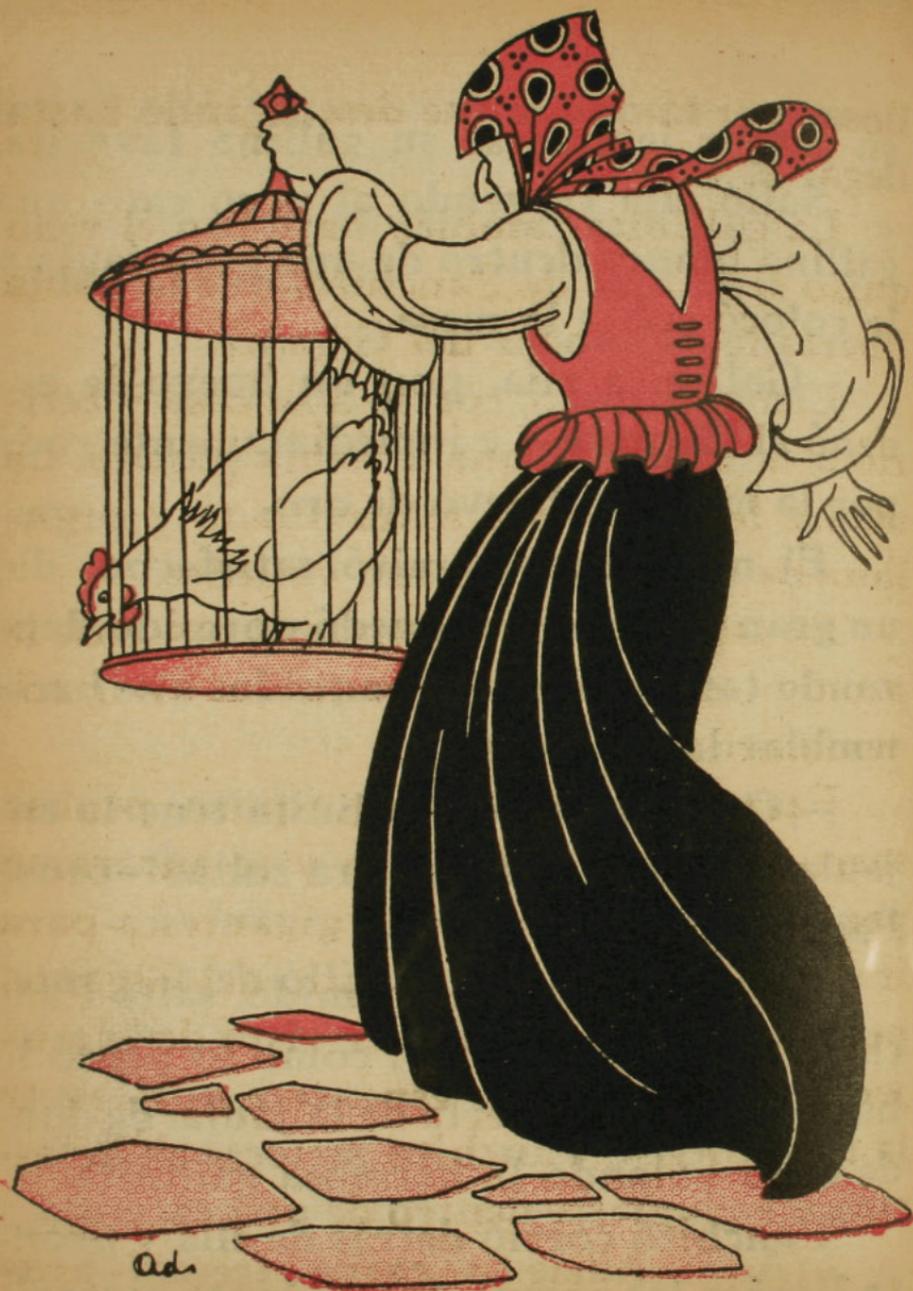
—Gallinita mía, pon un huevo—le ordenó el Gigante—; e inmediatamente rodó por la mesa un huevo de oro.

El monstruo lo miró satisfecho, dió un gran bostezo y se quedó dormido, lanzando tan tremendos ronquidos que hacía temblar las paredes.

—¡Qué lástima de gallinita tenerla enjaulada! ¡Quién la pudiera soltar!—pensó Panchito.

Al ver al Gigante dormido, saltó Panchito de su escondite y, como lo pensó lo hizo, y abrió la puerta de la jaula, de donde salió volando la hermosa gallinita.

Panchito corrió detrás de ella y pronto llegó a las ramas de su planta maravi-



**Salió ella, trayendo al poco rato una gallina blanca dentro
de una gran jaula...**

llosa, por la que se fué descolgando hasta llegar al suelo.

La gallinita también bajó con él y no quiso separarse de Panchito, que la había libertado del poder del Gigante.

Lleno de gozo, corrió a su casa y refirió a su madre lo que le había pasado. La madre le escuchaba maravillada y orgullosa de tener un hijo tan valiente.

En seguida, vendieron los huevos de la prodigiosa gallinita y pudieron vivir cómodamente.

Pasado algún tiempo, quiso probar suerte de nuevo Panchito y se encaramó por el tronco de la planta gigantesca para ir por segunda vez al castillo del Gigante, pero ahora procuró no ser visto de la mujer y así, después de esperar a que cayese la tarde, logró Panchito meterse en la cocina y esconderse dentro de una cacerola.

—¡Aquí huele a carne fresca!—pro-

rrumpió el monstruo, deteniéndose en la puerta de la cocina.

—¡Por Dios!—le contestó su mujer—siempre te imaginas que hay alguien escondido en casa. Pero esta vez te equivocas, como siempre.

Después que el Gigante comió, pidió su arpa. Se la trajo su mujer y la dejó sobre la mesa, y, a una sola palabra del monstruo, comenzó el arpa a tocar por sí sola.

Panchito se sentía encantado con aquella música y se puso a observar por el borde de la cacerola el maravilloso instrumento y sintió unos deseos locos de acercarse para ver cómo sonaba tan lindo y, así como lo pensó lo hizo; pero apenas había puesto la punta del dedo sobre una cuerda, cuando el arpa, que era encantada, se puso a gritar: «Señor, amo, señor, amo!»



Ad.

Logró Panchito meterse en la cocina y esconderse dentro de una cacerola.

Se despertó el Gigante sobresaltado y, viendo lo que pasaba, se abalanzó sobre Panchito, pero éste corría ¡patitas, para qué te quiero! y de un salto se colgó de la planta de frejoles y bajó con tal ligereza que, al poner los pies en tierra, el Gigante apenas si había llegado a medio camino. Viendo el chiquillo que no tenía un minuto que perder, gritó a su madre:

—¡Mamita, mamita!, tráigame pronto el hacha, que el Gigante está bajando.

Corrió ella a toda prisa y se la pasó a Panchito, que de un solo hachazo cortó el tronco de la planta bienhechora y el Gigante cayó al suelo con espantoso estrépito y así acabó su miserable vida.

Enredada entre las ramas quedó el arpa maravillosa. Panchito la recogió con todo cuidado y empezó con mucho empeño a estudiar en ella; hasta que, después

de algunos años, logró hacerse un gran músico.

Se enamoró de una linda niña y, como ya poseía riquezas y mucha fama, se casó con ella y hasta ahora viven muy felices.

P R O B L E M A

"MAMITA" N.º 21

VENTA DE GANADO

Un hacendado vendió por 400 pesos 100 cabezas de ganado. Recibió 40 pesos por cada vaca, 12 pesos por cada cerdo y 2 pesos por cada oveja. ¿Cuántas vacas, cerdos y ovejas vendió?



Soluciones de las Adivinanzas del N.º 19
de mamita

N.º 1. La cebolla. — N.º 2. La media. — N.º 3. Los estribos.
— N.º 4. La abeja.



El Rey Saltán



Véase el comienzo de esta bella leyenda rusa en los Nos. 18, 19 y 20 de "Mamita".

IV

—Porque mi corazón está sin esposa.

—Elige una novia.

—Mi elección ha recaído en una doncella tan hermosa que quien haya contemplado su rostro está obligado a querer contemplarlo siempre. Es tan radiante, que los rayos del sol palidecen ante ella, y cuando llega la noche ilumina la Tierra. Para que la puedan reconocer lleva una señal, una media luna entre sus doradas trenzas y, en su blanca frente, brilla una estrella de plata. Su porte es majestuoso y digno como el del cisne. Cuando habla, su voz suena armoniosamente como un arroyo que ríe al sol. Tal majestad hay en su frente que parece designada para ser hija de Rey. Sin embargo, yo no la he vis-

to. Puede que haya mentido quien me contó tal historia; pero si ésta no es cierta, Guidón irá a la tumba, pues no quiere otra esposa.

—No miente quien tal dice. La doncella es como la habéis descrito; mas quiero daros un consejo, Príncipe: Una esposa no es un guante que pueda quedar olvidado, o despojado de la mano y lanzado a los cuatro vientos. Pensadlo, pues, bien antes de uniros a esa doncella, no vayáis a llorar después.

El Príncipe Guidón exclamó:

—He meditado bien y juro que nada me disuadirá de mi propósito. No, aunque para encontrar a tal doncella tuviera que recorrer treinta reinos, o hubiera de encontrar a ese pájaro de fuego para el que no hay misterio escondido, yo daría con ella.

El cisne suspiró tan profundamente

que todo el suave plumaje de su pecho se agitó, y replicó:

—No necesitas recorrer treinta reinos, puesto que la que quieres tú por esposa está al alcance de tu mano. Soy yo la doncella de que hablas y seré tu esposa, porque así ha sido dispuesto.

Y batiendo las aguas del mar con sus alas, quedó el cisne completamente escondido por la neblina. En cuanto aquélla se disipó, vió Guidón ante él a una niña tan hermosa que se sintió obligado a quererla mirar siempre. Tenía entre sus doradas trenzas una media luna y en su frente brillaba una estrella de plata.

El Príncipe cayó a sus pies, besando el borde de sus vestiduras.

Juntos se dirigieron, en seguida, a palacio y se arrodillaron a los pies de la madre de Guidón. Este tomó la palabra:

—Esta es la doncella—dijo—que he ele-

gido entre todas las del mundo para ser mi fiel esposa y tu hija sumisa. Te rogamus bendigas a tus hijos, pues no conocen paz ni felicidad aquéllos que carecen de la bendición de su madre.

La Reina lloró de gozo, colocando la imagen del Señor sobre sus cabezas y exclamando:

—Téngaos nuestro Padre, Dios, en su santa compañía.

Y besó a los novios. Las campanas tañeron su alegre canción y se prepararon grandes festejos. A ellos fueron invitados poderosos señores y humildes siervos, para que todos pudieran tomar parte en la felicidad de su Príncipe y saludar a la hermosa novia para ofrecerle su homenaje.

Guidón vivía feliz con su joven esposa y los días pasaban tan de prisa como corren las aguas al despeñarse. Volvió el viento a rizar las aguas del mar, viéndose



¿De dónde venís, dignos marinos, y en qué ramo comerciáis?

sobre sus olas una flotilla, cuyas blancas velas se hinchaban por la fuerte brisa. Los cañones de los fuertes saludaron con salvas y, echando el ancla, desembarcaron los marinos. Guidón los invitó a su palacio, los sentó a su mesa y, después de comer y beber, les hizo algunas preguntas:

—¿De dónde venís, dignos marinos, y en qué ramo comerciáis? Cuando vuelva el buen tiempo, ¿dónde iréis desde aquí?

—Venimos de una extraña tierra de gigantes, dragones y hermosas sirenas, que cuentan cuentos fascinadores. Hemos traficado en tesoros y viajamos ahora hacia el famoso reino del glorioso Saltán.

—Que Dios os conceda un viaje próspero. Llevad mis palabras de saludo al Rey, para que cumpla la promesa de visitar la verde isla y conocer el rostro del Príncipe Guidón.

Marcharon, al fin, los mercaderes. El

viento llevó los barcos al reino de Saltán, y aquéllos se apresuraron a llevarle las palabras del Príncipe. Estaba el Rey sentado en su trono. Sus vestiduras resplandecían de joyas, pero su alma estaba triste hasta la muerte. Tomó la palabra y dijo:

—Mucho y muy pacientemente hemos esperado vuestra llegada, amigos. ¿Habéis encontrado buena o mala fortuna, al otro lado del mundo? ¿Qué maravilla tenéis que narrar?

—Mala y buena fortuna hemos encontrado al otro lado del mundo. Podemos hablaros de gigantes y dragones, de hermosas sirenas con colas verdes y brillantes, y muchas más extrañas maravillas. La mayor de todas se encuentra en una isla que se halla en medio del mar, donde una ciudad dorada se levanta hacia el cielo. Allí un tordo blanco se encuentra en una casita de cristal cascando avellanas

de oro y esmeraldas, y habita la isla una Princesa tan hermosa que quien la mira una vez desea mirarla siempre. Es tan radiante de belleza que hasta los rayos del sol palidecen al verla, y, cuando cae la noche, su belleza ilumina la tierra. Tiene, como señal para reconocerla, una media luna escondida entre sus trenzas doradas, y en su blanca frente brilla una estrella de plata. El que gobierna la isla se llama Guidón y es alabado por su pueblo, que le encarece el más sabio entre todos los legisladores. De esta manera nos ha mandado saludar al Rey Saltán: «Cumpla el Rey su promesa, que es la de conocer la verde isla y el rostro del Príncipe Guidón».

El Rey, entonces, no quiso pensar por más tiempo si le convenía quedarse. Ordenó que una flota fuese lanzada al mar para marchar, con su corte, a aquella extra-

ña isla que se encontraba en medio del océano. Las envidiosas hermanas de la Reina intentaron hacerle desistir de su propósito, exclamando:

—Es eso una locura, propia de niños tontos. ¿Cuándo se ha visto, o se ha oído decir que las ciudades se levanten y construyan solas, que un tordo casque avellanas de oro y que las doncellas lleven luna y estrellas para adornarse? Estos hombres se burlan de vos, Señor, al contar estas cosas, y es seguro que si viajáis hasta allá, vuestro viaje será de poco provecho.

Exclamó el Rey:

—¿Soy yo un niño a las órdenes de las mujeres, o soy el Rey Saltán? Vosotras podéis ir o quedaros, como os plazca, pero no penséis que doblegue mi voluntad a la vuestra.

Dicho esto salió de su palacio y se di-



Quilley

¡Que se vayan de mi lado tus hermanas, donde no vuelva a
verlas jamás!

rigió hacia los barcos, seguido de las dos hermanas.

El Príncipe Guidón, sentado en la torre más alta de su palacio, miraba hacia el mar. Las aguas tranquilas permitían ver a larga distancia; así es que, desde muy lejos, pudo divisar un barco. Más tarde le llegó el turno al segundo y en cuanto se dibujó el tercero, Guidón imaginó que sería aquella la flota del Rey Saltán, que atravesaba en su honor el infinito mar. Su alegría le hizo dar gritos y salió al encuentro de los viajeros para ofrecerles la bienvenida.

El Rey fijaba sus extrañados ojos en la hermosa ciudad dorada, colocada en la colina.

Guidón lo cogió de la mano sin decir palabra y le guió hacia su palacio. Antes de entrar en el alcázar, vió el Rey Saltán al tordo que, sentado bajo el pino, en su

casa de cristal, cascaba avellanes de oro y esmeraldas y cantaba canciones populares. Esto le hizo reír. Entraron más tarde en el gran vestíbulo del palacio, donde esperaba la esposa de Guidón. Tan hermosa era que quien la miraba una vez deseaba mirarla siempre. Cogida de su mano estaba la Reina. Cuando la reconoció el Rey, exclamó:

—¿Quién me ha hecho traición? ¡Castiguemos al culpable con la muerte destinada a los traidores!

Guidón contestó:

—Han traicionado a Vuestra Majestad aquella a quien picó un mosquito y la que fué atravesada por el dardo de una abeja.

Las dos hermanas cayeron a los pies del Rey, pidiéndole perdón. Pero éste les contestó:

—Así como habéis sido misericordiosas, recibiréis de mí misericordia.

Mas la Reina se arrodilló también a sus pies, y puso su mano en la de su esposo y Señor, diciendo:

—Yo os pido, por el recuerdo de nuestra juventud en la casa paterna, que oigáis sus ruegos.

El Rey levantó a su esposa, diciendo:

—Sea como tú quieras; mas que se vayan de mi lado tus hermanas para no volver jamás donde pueda tropezar con ellas mi mirada.

Las dos hermanas fueron, pues, alejadas, y Saltán bendijo a su hijo y a la hermosa Princesa. Luego tomaron asiento y dedicaron a festejos tres días y tres noches. Pasado ese tiempo, el Rey volvió a su país con la Reina. El Príncipe Guidón quedóse a vivir en la isla con su esposa. Fué un valiente guerrero y un sabio legislador, que superó a todos, incluso al Rey Saltán.

FIN

¡Tome parte en nuestro gran CONCURSO DE PASCUA

PREMIOS PARA LOS LECTORES DE *mamita*

1.º A la derecha: Obsequio de THE UNIVERSITY SOCIETY Inc., Bandera 86.

2.º Abajo: Obsequio de Siemens Schukert Ltda., Huérfanos 1017.

3.º Un precioso meccano, \$ 85.

4.º Una regla muñeca de loza, \$ 35.— Obsequios de la Juguetería Principal, Ahumada 19.

5.º Un juego de soldados de guerra, \$ 60.

6.º Un juego de soldados de artillería, \$ 60.

7.º Una cocina y su correspondiente batería, \$ 45.

8.º Un servicio de loza, de té, \$ 40.— Obsequios del Bazar «El Globito», Av. Matta 1042.

9.º Una bomba de incendio, con cuerda y luz, \$ 40

10.º Un costurero para niña con todos sus útiles, \$ 30.—

11. Moderno sistema de juego de ruleta, \$ 30. Obsequio de los

PRIMER PREMIO



La magna enciclopedia para los muchachos, EL TESORO DE LA JUVENTUD, completa, veintemagníficos tomos en su estante especial y de valor de \$ 750.

¡Este sí que es un premio que vale!

SEGUNDO PREMIO



Receptor de radio TELEFUNKEN, mod. 33 L. con altoparlante dinámico en el mismo precioso mueble de tamaño grande. ¿No le gustaría para usted?

señores HACHE Y CIA., Estado 42, 12 al 20. Nueve premios de \$ 20.— en dinero cada uno.—21 al 40. Veinte suscripciones anuales a la revista «MAMITA».—41 al 60. 20 ejemplares del libro «Corazón», editado por la «Biblioteca Zig-Zag». ¡El libro que todo niño debe leer!

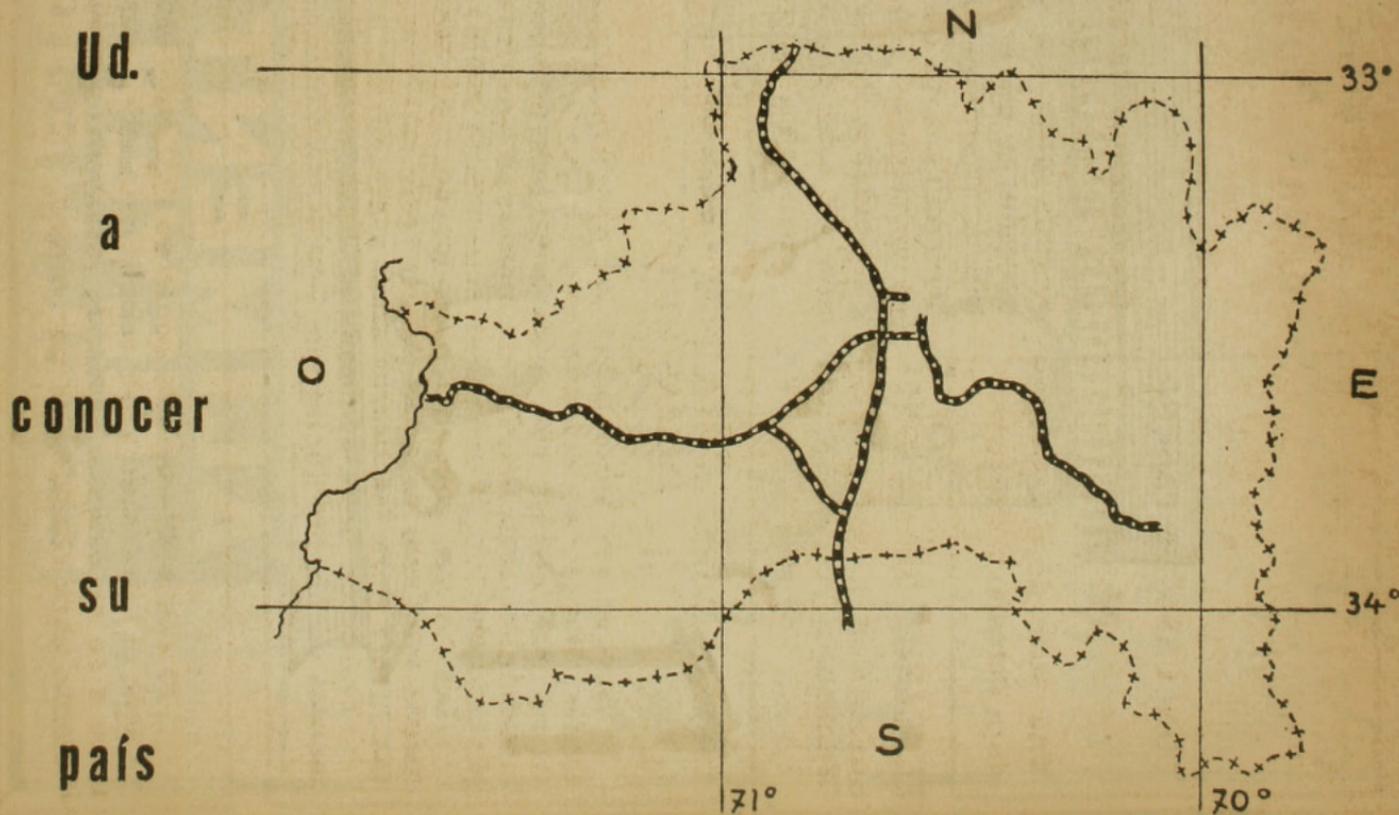
NOTAS.—Vea detalles sobre este grandioso concurso en el número 16 de «MAMITA».

Ya se inició el canje de cupones. Lleve sus ejemplares a Bellavista 069, en Santiago: a José Tomás Ramos 105, en Valparaíso, o al agente de su pueblo, en provincias. A los que deseen, pueden enviar los cupones por carta a «MAMITA», Casilla 84-D, Santiago. NO RECORTE LOS CUPONES. Basta con que presente los ejemplares enteros para timbrar los cupones.

Aprenda

La serie de mapas mudos de las provincias chilenas le enseñará
más que un curso de Geografía.
¡NO LA PIERDA USTED! LE SERVIRA

Provincia de Santiago



C U P O N

mamita

CONCURSO DE PASCUA

N.º 5

Una serie de 5 cupones
dará derecho a 1 número.

**Concurso de
Mapas Mudos de**
mamita

Obsequiamos 10 BOLETOS para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

EL CANJE DE CUPONES

comenzó el 1.º de octubre
¡Empiece a juntarlos desde
ahora!

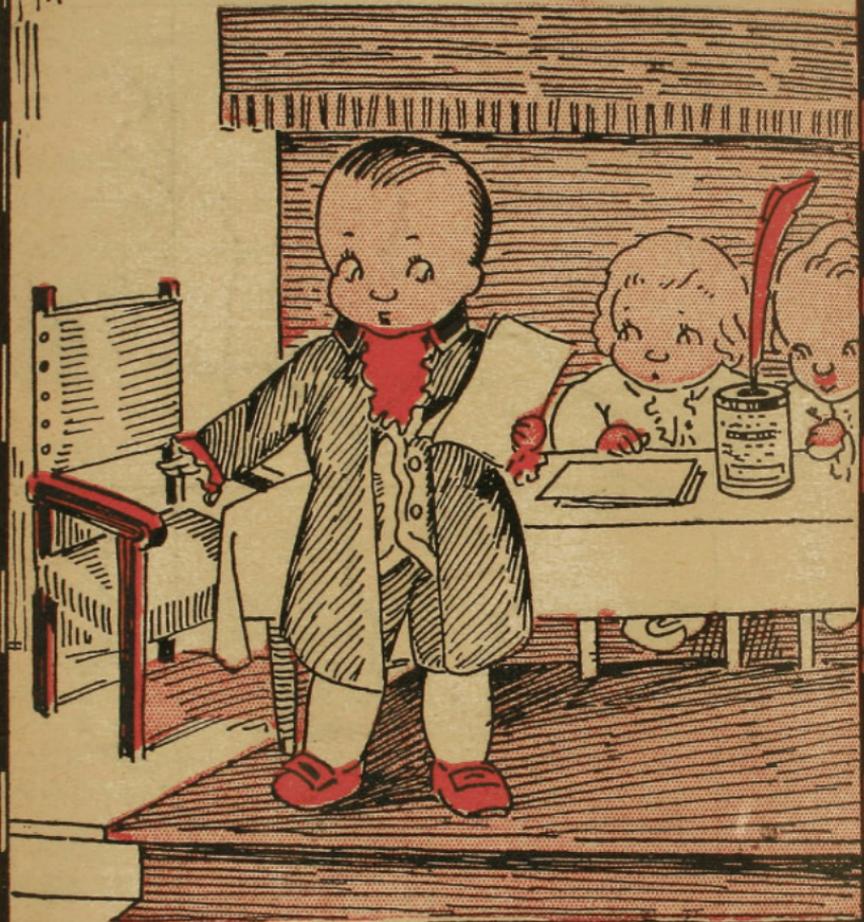
INSTRUCCIONES A LOS CONCURSANTES EN LOS MAPAS MUDOS.

Coloque con tinta negra los nombres más importantes. Marque las ciudades con un punto y póngales su nombre. Dibuje con tinta o lápiz azul obscuro el curso de los ríos. Delinee las montañas con tinta o lápiz café obscuro. (Puede usar acuarela, si gusta).

Los colores convencionales usados en todos los mapas son: azul para las aguas; verde para las llanuras y café para las tierras altas y montañas.

Trace con línea quebrada el límite de los departamentos en las provincias que tienen más de uno.

El canje de cupones comenzó el 1.º de octubre. Puede el interesado venir a Bellavista 069 a canjearlos, o en su defecto, enviar la estampilla correspondiente para remitírselos por correo.



Primera
Junta de
Gobierno.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R.—A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.